

Preguntas inquietantes

A las grandes preguntas de la filosofía quizá convenga responder con brevedad. Al menos ése es nuestro reto. Por supuesto, no siempre es posible y sin duda las respuestas no serán definitivas; pero, bien mirado, esto vale también para las elaboradas reflexiones a las que nos tienen acostumbrados los pensadores de todas las épocas. Nosotros perseguiremos un objetivo mucho más limitado, si bien tomaremos como punto de partida cuestiones importantes y decisivas. Y para demostrar que hablamos en serio, comencemos por la pregunta que todos, tarde o temprano, terminamos por plantearnos, esa que los Monty Python hicieron célebre en una de sus películas: ¿cuál es el sentido de la vida?

Para encontrar una respuesta a esta pregunta «inquietante», como se dice hoy en Italia, un hombre emprende un largo peregrinaje hacia el Himalaya en busca de un santón indio que vive aislado en una cueva prácticamente inaccesible. Exhausto, pero confiado en que encontrará lo que busca, por fin llega a su destino. El santón, tras escuchar la pregunta, hace una larga pausa y afirma:

—La vida es una fuente.

—¿Qué significa eso? —replica el hombre—. He hecho miles de kilómetros a pie para oírte decir palabras sabias ¡¿y me sales con esa fórmula ilógica?! ¡Es ridículo!

En ese momento, el sabio levanta los ojos en la oscuridad de su cueva y dice:

—De acuerdo, pues la vida no es una fuente.

Ahí tienen un ejemplo de cómo se desinfla una pregunta llena de expectativas. ¿Es éste, por tanto, el objetivo que nos hemos fijado en este pequeño libro? No exactamente. O por lo menos no el único. Por cada argumento que se puede desmontar, existen otras mil posibilidades de volver a montarlo, de reordenar las ideas y de hacer revivir esa pregunta bajo formas nuevas y diferentes.

El lanzamiento del enano. ¿Un deporte inhumano?

Cuando me lo dijeron, no me lo podía creer. Pensaba que era una broma. En los pubs australianos se ha puesto de moda un deporte realmente extraño: el lanzamiento del enano (*dwarf throwing*). Dejemos a un lado la cuestión de lo políticamente correcto, es decir, de si se debe llamar a un enano precisamente «enano» o de otra manera más adecuada. Centrémonos en la sustancia: parece que la diversión favorita de muchos australianos es la de asistir al lanzamiento de estos seres humanos —provistos de un casco de seguridad para la ocasión— contra colchones colocados a unos cuantos metros de distancia. El objetivo es lanzar al enano lo más lejos posible. Lenny *the Giant*, la estrella de este «deporte», cuyos aficionados han llegado a proponer que se incluya entre las modalidades olímpicas, fue lanzado a más de nueve metros, con gran satisfacción propia y ajena. Dicha satisfacción poco ha importado al Consejo de Estado francés, que, hace algunos años, decidió prohibir esta práctica en su país, por lesiva para la dignidad humana. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU, por su parte, ha decretado que la prohibición francesa no tenía ningún carácter discriminatorio para los enanos.

Pero ¿es realmente así? No opinan igual los que practican esta disciplina. «Que no midamos más de un metro no significa que no tengamos cerebro», sostienen

para defender el derecho a ser lanzados cuándo y cómo les apetezca. Otros, sin embargo, consideran que la misma etiqueta de «enano», entendida como categoría, resulta de por sí denigrante, sobre todo si va unida a estas prácticas grotescas. En definitiva, se ha generado una discusión de notable interés filosófico, que demuestra lo ardua que puede llegar a ser la tarea de definir y defender los «derechos humanos».

Ante este caso, un auténtico liberal, como el que esto escribe, se encuentra desconcertado. Desearía que no existiese esta práctica, pero ¿cómo justificar su prohibición? Desearía que se hiciese un mejor uso de la libertad individual, pero tampoco desearía censurar al que se encuentra ante un horizonte de elecciones tan distinto al suyo. El autor comenzó con la idea de escribir algo divertido. Ahora no puede más que avergonzarse si alguien se ha reído mientras leía.

Dejar de fumar: Aristóteles contra Platón

Un efecto beneficioso de la ley que prohíbe fumar en los locales públicos es que permite a todos, fumadores y no fumadores, comprender mejor algunos aspectos de la filosofía de Platón y Aristóteles.

Imaginemos a los dos filósofos ante la cuestión de «dejar de fumar». Para Platón (o mejor dicho, para Sócrates, el protagonista de sus diálogos), la solución es sencilla. Una vez que se conocen el bien y la virtud, no se puede sino actuar en consecuencia. Para el sabio y para el filósofo, sabiduría y virtud sólo pueden ir de la mano. Aristóteles habría llegado a una conclusión bien distinta. Saber que dejar de fumar es bueno no es suficiente. Él había descubierto un fenómeno: la *akrasia*, o debilidad de la voluntad, que nos impulsa a tomar decisiones en desacuerdo con lo que consideramos un bien para nosotros. Ni siquiera el sabio, el erudito o el aspirante a tal está a salvo de los accidentes de la suerte, el deseo, las tentaciones externas y los placeres. Para poder afrontarlos debe construirse, día a día —con estrategias que recuerdan a Ulises resistiéndose al canto de las sirenas—, hábitos mentales y de conducta que lo empujen a adoptar comportamientos virtuosos. Se construye así una «segunda naturaleza» que, a la larga, modifica el propio carácter hasta que ser virtuoso se transforma en un instinto.

La idea es genial y profunda, pero quizás hoy seríamos menos optimistas que Aristóteles en cuanto al resultado final de tales estratagemas. «El próximo poema que componga... —escribe Raymond Carver—, ¡oh, el próximo poema echará chispas! Pero no habrá cigarrillos en ese poema. Empezaré a fumar en pipa.» Y queda también por definir en qué sentido dejar de fumar puede considerarse una virtud o una ventaja; o de qué manera —aun beneficiando nuestra salud— puede modificar nuestro destino.

Un importante filósofo de nuestro tiempo, Allen Konigsberg, también conocido como Woody Allen, nos da un motivo para meditar sobre esos problemas que nos superan. Al contrario que Carver, él ha vencido heroicamente en su batalla contra el vicio: «He dejado de fumar. Viviré una semana más, durante la que lloverá siempre».

Instrucciones sobre cómo tomarse las cosas

A todos nos puede pasar que tengamos un vecino molesto o que el policía de turno nos ponga la enésima multa por aparcar en zona de carga y descarga. Ante éstos y otros accidentes más o menos graves, todos hemos oído aquello de que «hay que tomárselo con filosofía». Si las cosas son así, ¿qué le vamos a hacer? Es inútil tomárselo tan a pecho. Entre los distintos usos (por otra parte, bastante raros) de la palabra «filosofía» en el lenguaje común, éste quizá sea el que tenga el significado más claro y universalmente comprensible.

Quien utiliza esta frase se está refiriendo, sin saberlo —y, lo que es peor, sin saber que no lo sabe—, a un comportamiento milenario que los filósofos conocen muy bien. Tiene que ver con la imagen más difundida de «sabio» —desde Platón hasta las distintas formas de estoicismo que se han sucedido hasta nuestros días—, que es aquella que lo describe como aquel que, frente a las vicisitudes de la fortuna, permanece imperturbable porque actúa siempre, y pese a todo, según la verdad y la justicia. El hombre justo puede alcanzar idealmente una dimensión que lo protege de los continuos ataques de aquellos acontecimientos fortuitos de los que está sembrada la vida. La verdadera felicidad y el bien verdadero están por encima de tales percances. Y la Filosofía —tal como vio el pobre Boecio, encarcelado injusta-

mente— siempre está dispuesta a hacernos entender que no deberíamos lamentarnos por la pérdida de lo efímero y lo fugaz, sino por aquello que tiene que ver con la auténtica sabiduría, la cual nos sitúa en un plano más noble y elevado, por encima de todas las injusticias y de todas las desgracias inmerecidas que la suerte puede habernos reservado.

Y éste es el modo en que la Filosofía ha intentado consolarnos durante milenios, un poco como cuando alguien nos dice que «nos lo tomemos con filosofía». Sin embargo, hay algo que no encaja en todo esto. Lo saben bien los filósofos, para los cuales esos viejos ideales de sabiduría se han convertido en puras quimeras. Y lo sabe el sentido común, que adopta la expresión «Tomárselo con filosofía» casi siempre en sentido irónico. Y luego, si se quiere ser estoico hasta las últimas consecuencias, se puede hacer como el humorista italiano Totò, que, en uno de sus *sketches* más hilarantes, recibe una somanta de palos de un desconocido que lo ha confundido con un tal Pasquale, pero no se rebela, sino que se ríe con cada golpe porque quiere «ver cómo va a terminar esta estupidez. ¡Pero si yo ni siquiera soy Pasquale!».

Bebida con sabor a leche manchada

Pensad en un planeta idéntico al nuestro en todos los aspectos menos en el hecho de que en lugar de agua hubiese un compuesto químico que no es H_2O sino, pongamos por caso, XYZ. Entre las dos «aguas», en realidad, no existe ninguna diferencia desde el punto de vista macroscópico. Ambas son líquidas, transparentes y se puede nadar en ellas. Sólo un análisis químico exhaustivo, realizado por un experto, puede revelar que se trata de sustancias distintas. Por lo demás, allá arriba hay un tipo idéntico a nosotros que, por ejemplo, le dice a su hijo (idéntico al nuestro): «Puedes bebértela. Es potable».

Se trata del célebre experimento mental de las «tierras gemelas», concebido por el filósofo norteamericano Hilary Putnam, para responder a la pregunta: los dos gemelos, cuando dicen «agua» en sus respectivos planetas, ¿se refieren a lo mismo o a dos cosas diferentes? La respuesta de Putnam, de tipo realista, es que se trata de dos cosas distintas: un gemelo se refiere al H_2O y el otro al XYZ, aunque ninguno de ellos sea capaz de percibir la diferencia.

No sacaría a colación problemas difíciles como éstos del «realismo» y de la «referencia» si no me los encontrara de frente cada vez que voy a sacar un café de una de esas típicas máquinas expendedoras. Una vez intro-

ducidas las moneditas, se debe elegir entre distintas opciones, dispuestas en dos filas de pulsadores. En la primera está escrito: CAFÉ EXPRESO, CAPUCHINO, CAFÉ LARGO, etc. Está claro: si elijo CAFÉ EXPRESO, saldrá un café expreso.

La segunda fila presenta las cosas de un modo sutilmente distinto. Hay un cartelito con letras más pequeñas que dice «Bebida con sabor a» seguido, en letras grandes, de: TÉ AL LIMÓN, CHOCOLATE, hasta la inquietante BEBIDA CON SABOR A LECHE MANCHADA. Si no fuese por el cartelito nos encontraríamos exactamente en la situación de las «tierras gemelas». Nos beberíamos a sorbos nuestro té al limón sin saber que, en realidad, se trata de una «Bebida con sabor a té al limón» (se esconda lo que se esconda tras esta vaguísima definición). A partir de ese letrero, sin embargo, nos bastan sólo unas pocas y sencillas conexiones lógicas para imaginarnos en la escena clave de la celeberrima película *Matrix*, cuando Morfeo nos dice:

«Bienvenidos al mundo real».

¿Y si la vida fuese sólo un sueño?

«Bienvenidos al mundo real», decían en *Matrix*. ¿Y si realmente la vida que estamos viviendo no fuese más que una ilusión generada por un *software*, una alucinación, un sueño?

La hipótesis no es nueva. Descartes, no obstante, con sus dudas radicales, quería proponernos una vía de escape y una posible certeza: la del yo pensante, la del «Pienso, luego existo». Aunque, se podría objetar, ¿acaso en los sueños no pensamos, no nos percibimos como seres vivos y reales, ya sea en medio de escenarios inexistentes o incluso en el pellejo de otro?

Alicia, en el País de las Maravillas, se encuentra casualmente con el Rey Rojo, que está dormido y sueña con ella. Le advierten que procure no despertar al rey, porque, si no, ella se desvanecería al instante. Sin embargo, nuestra protagonista no sabe que el escenario al completo, con sus aventuras y sus reyes rojos que la sueñan, es el sueño de otra Alicia: Alice Liddell, la niña a la que Lewis Carroll dedicó el cuento. Pero entonces, incluso Alice Liddell podría ser el sueño de otra Alicia y así indefinidamente. ¿Es posible evitar esta fastidiosa regresión que lleva al infinito?

La hipótesis de *Matrix*, más aún que la de Descartes y la de Alicia, recuerda a uno de los experimentos mentales de Hilary Putnam y, antes que a él, a la breve no-

vela *El cerebro de Donovan*, escrita por Curt Siodmak en 1943. ¿Y si todos fuésemos «cerebros en una cubeta»? ¿Y si nuestras experiencias reales no fuesen más que el fruto de impulsos que un científico loco envía a nuestros cerebros?

Putnam, al igual que Descartes, con su experimento mental del genio maligno, quiere refutar la hipótesis escéptica, demostrando que no somos cerebros en una cubeta. Si fuésemos cerebros en una cubeta, conectados a un ordenador y a unos electrodos, nuestro mundo exterior sería una ilusión y cada afirmación que hiciésemos de él sería falsa. Pero entonces también sería falsa la premisa de la que hemos partido, es decir, la de que somos cerebros en una cubeta. Es un simple argumento lógico. Sin embargo, incluso en los tiempos que corren, hay quien no se deja convencer.

¡Qué pesadilla!

Cómo vivir sin creer en nada

«Sólo sé que no sé nada» es la respuesta que el joven Sócrates de *Vidas de hombres ilustres*, de Achille Campanile, proporciona al jurado que lo examina de la selectividad. Obviamente, lo catearán; pero, en realidad, el celeberrimo dicho socrático, si bien no debemos usarlo como respuesta en un examen, puede resultarnos de gran utilidad en la vida, porque es, al menos en apariencia, la afirmación antidogmática por excelencia.

Los escépticos de la Academia platónica se inspiraron en ella en el siglo III a.C., al afirmar que no existen estándares garantizados ni criterios seguros para decir cuáles de nuestras aserciones son verdaderas y cuáles falsas. Lo que sabemos gracias a nuestros sentidos siempre puede ser fruto del engaño, como cuando vemos un palo clavado en el agua y nos parece que está partido, y ése puede ser también el caso de la razón.

Sin embargo, hasta los escépticos eran, a su modo, unos dogmáticos. Al menos según otra escuela, la iniciada por Pirrón de Elea (ca. 360-275 a.C.) y por su discípulo Timón (ca. 315-225 a.C.). La duda, decía Pirrón, aflora no en sentido teórico, sino práctico. Eso tenía extrañas consecuencias en la vida cotidiana. Se dice que hasta se negó a afirmar que cierto carro hubiera podido atropellarlo o no, y sus discípulos a menudo lo salvaron en situaciones peligrosas en las que se

negaba a comprometerse con juicios de cualquier tipo. Dicen incluso que se dejó morder por unos perros, pues afirmaba no saber si eso era bueno o no. Visto que se dejaba atropellar por carros y morder por perros, uno le preguntó: «¿Por qué no te suicidas?». Pero la respuesta era siempre la misma: «¿Y cómo hago para saber si eso es bueno o no?».

Parecerá extraño, pero a Pirrón lo movía una preocupación de tipo ético. Intentaba evitar la infelicidad que podría suponer la aceptación de cualquier teoría del valor, incluida una que implicara dudar de todo, lo cual sería una fuente de angustia. Al contrario que los escépticos académicos, no era dogmático ni siquiera en sentido negativo: no sostenía que el conocimiento fuese posible ni imposible. Toda aserción dogmática estaba proscrita, hasta la de quien afirmaba estar seguro de no saber nada.

A individuos como éste, hoy día, ¿cómo los llamaríamos? ¿Nihilistas, relativistas, descreídos? Los pirronianos, sin embargo, eran los que más respetaban las tradiciones y las creencias religiosas de la sociedad en que vivían. Vivieron según sus inclinaciones naturales, la experiencia inmediata, en paz con las leyes y las costumbres de su sociedad, pues evitaban comprometerse emitiendo juicios sobre cualquiera de éstas. Sin ellos, nos guste o no, quizá nunca hubiese nacido lo que, en tiempos modernos, llegaría a denominarse «fideísmo».

Hechos y valores a prueba de imbéciles

Cuando nos ponemos a discutir sobre cualquier tema —economía, política, fútbol, el carácter de una persona, cocina o tantas otras cosas—, se nos puede ocurrir espontáneamente, llegados a cierto punto, la necesidad de remitirnos a los «hechos», entendiéndolos como algo objetivo que hay que separar de los valores y de los gustos personales, es decir, de cualquier cosa que se sobreentienda que pertenece a la esfera de la subjetividad. ¿Es una decisión acertada? ¿Estamos haciendo, en la medida de nuestras posibilidades, filosofía de la buena?

Durante siglos, filósofos de primera categoría (a partir de Hume) abrazaron esa distinción. Y, al aclararla, pensaron que hacían dar un paso adelante a la filosofía. Sin embargo, precisamente a partir del uso correcto del lenguaje común, existe la duda de que las cosas realmente sean siempre así. Si fuesen así, deberíamos pensar que, como decíamos, lo que es objetivo, o real, se refiere sólo a los hechos y no a los valores. Pero estos últimos se presentan, en muchas descripciones objetivas, o que pretenden serlo, intrínsecamente mezclados con los hechos. Cuando decimos que un conocido nuestro es impertinente, cabezota, aburrido, etc., o que piensa sólo en el dinero, estamos intentando proporcionar una descripción verídica de cómo es en realidad. Sin embargo, aunque esos términos *describan* a nuestro co-

nocido y nos digan cómo *es*, nos dan también una idea muy precisa de lo que pensamos de él, de nuestros juicios de valor. Puede que éstos sean discutibles, pero parecen estar dotados también de una cierta objetividad. «Es usted un auténtico imbécil», le dice el peatón a un conductor que ha pasado con el semáforo en rojo y por poco lo atropella. ¿Podemos llevarle la contraria?

Leyes de la física y de la libertad

«¡Imbécil lo será usted!», se me podrá decir después de haber terminado de leer el artículo anterior. El haber descubierto que los valores morales son muy variables, además de discutibles, y que, por tanto, debemos ser tolerantes y comprensivos con el que abraza valores diferentes a los nuestros, es una gran conquista de la modernidad. Además, cuando en una discusión se pueden hacer valer unos «hechos», como son revisables, resulta más fácil encontrar puntos de convergencia estables. Las objeciones se pueden compartir. Sin embargo, deberíamos preguntarnos también: ¿estamos seguros de que esa misma (relativa y revisable) «estabilidad» no se refiere, además de al mundo de los hechos, también al de los valores?

Pregunta clásica que se responde con todo un tratado de filosofía o con dos simples ejemplos. A continuación, los dos ejemplos. El agua hierve a cien grados, la realidad está hecha de átomos, el ADN es la base de la vida. Estas afirmaciones se refieren al reino del conocimiento. Poco a poco, con el transcurrir de la historia, se fueron haciendo nuevos descubrimientos: se comprendió que la Tierra giraba en torno al Sol, y luego vinieron Kepler, Newton, Einstein, etc. Algunos de estos descubrimientos se basan en hipótesis aparentemente arbitrarias: el espacio y el tiempo absolutos de Newton o el principio de inercia de Galileo.

Serán arbitrarias, pero ¡qué hipótesis más productivas! Auténticos motores de objetividad. Piénsese en los callejones sin salida de la física aristotélica, que no elabora completamente la inercia, y en la fecundidad, en cambio, de la física moderna, con su estabilidad y solidez.

Pasemos a los valores. La abolición de la tortura y de la pena de muerte, el principio de la división de poderes, las elecciones libres, el sufragio universal, el liberalismo, la tolerancia religiosa y política, todas ellas son ideas sofisticadas y complejas, pero que, con el paso del tiempo, han superado, con hechos, objeciones que parecían insalvables. También esas ideas se han descubierto en un momento determinado y en un lugar concreto, pero una vez que se ha comprendido su alcance, ya no se han abandonado. En nuestras discusiones cotidianas nos referimos a ellas cuando queremos aferrarnos a algo sólido. Son descubrimientos fundamentales que se parecen mucho, por potencia y fecundidad, al del principio de inercia. Y, a veces, incluso al principio del agua caliente.

Sean precisos cuando insulten

«Los amigos se suelen considerar sinceros; los enemigos realmente lo son.» Tomo esta cita de *El arte de insultar*, de Arthur Schopenhauer. Un librito que es un poco un timo porque no contiene, en realidad, ningún verdadero insulto, de esos originalísimos y geniales de los que está salpicada la prosa del filósofo, sobre todo cuando se refiere a «ese granuja» de Hegel o a las «podridas» universidades alemanas. Esa frase se considera, en cambio, una premisa general para todo aquel que quiera entender por qué y en qué condiciones el insulto puede desempeñar un papel importante en nuestras vidas. El insulto es útil y eficaz cuando, en cierto modo, dice —o al menos roza— la verdad. Y si debemos admitir que es más probable que una verdad incómoda sobre nosotros mismos nos la diga quien no nos aprecia y que, probablemente, quiera ofendernos, sería bonito que alguna vez, para variar, fuesen los amigos los que nos dijese sin reticencias lo que piensan de nosotros.

Creo que éste es precisamente el espíritu de una tradición de la ciudad italiana de L'Aquila, en auge desde hace unos años por un festival llamado Il Pianeta Maldicenza, que tiene como objetivo «recordar y celebrar la antigua costumbre ciudadana de hablar libre, valerosa y francamente de todo y de todos el día de Santa Inés [...] en un clima de sátira mordaz, pero nunca de

chismorreos, ni de difamación, ni de calumnia». Entre los huéspedes de honor ha estado incluso el senador vitalicio Giulio Andreotti, un político cuyos célebres aforismos, plagiados sin comprenderlos de los moralistas franceses, podían conferirle un aura de sabiduría sólo en un país sustancialmente analfabeto como Italia...

No lo estoy diciendo en serio, naturalmente. Sólo estoy intentando practicar, precisamente, el arte de la maledicencia, que se parece un poco a la parresia de los filósofos griegos y un poco a lo contrario de los *Ejercicios de admiración y otros textos* de Emil Cioran.

Los requisitos más importantes de la verdad son la exactitud y la precisión, quizás incluso más que la sinceridad. Nos lo enseñó el filósofo inglés Bernard Williams. Valores fundamentales también para la maledicencia, que, para ser eficaz, necesita de las ayudas apropiadas. Por ejemplo, del diccionario de Giovanni Casalegno y de Guido Goffi *Brutti, fessi e cattivi. Lessico della maledicenza italiana* [Feos, tontos y malos. Léxico de la maledicencia italiana], que recoge 2.800 voces, desde «Ababol» hasta «Zote» —pasando, claro está, por injurias mucho más incisivas—, y recorre toda la historia de la literatura italiana, sacando también términos del desenvuelto lenguaje actual utilizado en Internet. El *Lessico*, instrumento indispensable y valioso para confeccionar insultos y maledicencias de la manera más «precisa» y, por lo tanto, más «honestas» posible, define el insulto como «un acto lingüístico de síntesis», donde la palabra «condensa todo un juicio, una valoración, una argumentación compleja». Es una «calumnia abreviada», como diría Schopenhauer. Es distinto a la injuria y a la invectiva que, lanzadas contra el interlocutor, lo ofenden en lo más profundo con palabras des-

tinadas a poner fin a cualquier discusión o argumento ulterior.

Santa Inés cae a principios de año, el 21 de enero. El Pianeta Maldicenza dura más o menos una semana en ese mismo período. Según vayan las cosas el resto del año, los aquilanos comprenderán si han aprovechado bien su oportunidad. Si han insultado bien, con competencia y con criterio.

Gödel y el teorema de la incompletitud de la Constitución norteamericana

He aquí un buen ejemplo de deformación profesional. Tan sólo una anécdota, de esas que los antiguos habrían contado para demostrar que es propio de los filósofos «decir la verdad» aun en los casos en que ésta los perjudica. (Es más, sobre todo cuando los perjudica: el ingrediente esencial de la parresia griega era, precisamente, el de estar en una situación de desventaja, como aquella en la que Diógenes el Cínico se encontró con Alejandro Magno.)

Kurt Gödel, uno de los lógicos más grandes de todos los tiempos, animado por amigos de Princeton como Albert Einstein y el economista Oskar Morgenstern, decidió adquirir la nacionalidad norteamericana. El 5 de diciembre de 1947, Einstein y otro amigo lo acompañaron en coche ante el juez que debía concedérsela. Estaban preocupados porque Gödel se había tomado el asunto demasiado en serio, como hacía con todo. Al leer uno de los textos de la Constitución sobre el que lo interrogarían, Gödel se había dado cuenta de una contradicción interna que, según él, habría permitido que la democracia norteamericana degenerase en dictadura.

Einstein intentó hablar de otra cosa durante todo el viaje. Llegados al lugar en cuestión, descubrieron que, por fortuna, el juez, Philip Forman, era el mismo que había hecho prestar el juramento de ciudadanía a Einstein

unos años antes. Los acompañaron, por tanto, al aula de inmediato. Después de una charla informal, comenzó la entrevista.

—Hasta ahora, usted ha tenido la nacionalidad alemana... —dijo Forman.

—Austriaca —lo corrigió Gödel.

—Bueno, en cualquier caso, Austria ha sido víctima de una malvada dictadura. Por fortuna, eso no es posible en Estados Unidos...

—No, no —contestó inmediatamente Gödel—. Permítame decirle que se equivoca. Puedo demostrarle perfectamente que eso también puede suceder aquí.

Entonces, en medio del bochorno general, se lanzó a soltar una explicación larga y detallada. Einstein, con una mirada de complicidad, hizo comprender al juez que tenía ante sí a un tipo un poco peculiar y Forman concluyó diciendo que no era necesario desentrañar el tema hasta aquel punto. De este modo, le fue concedida la nacionalidad, Gödel no volvió a hablar más del tema y no sabemos qué descubrió. Toda la culpa, de Einstein.